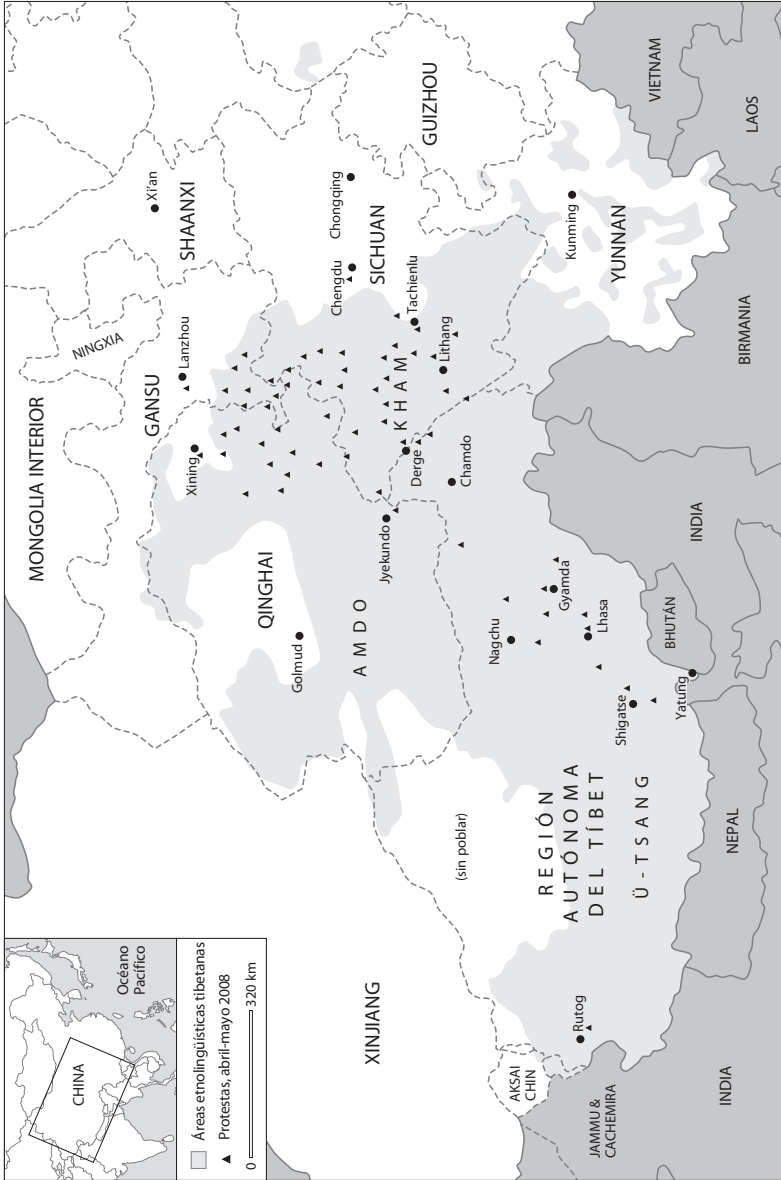


PREGUNTAS SOBRE EL TÍBET

En tu conocida historia del Tíbet moderno, The Dragon and the Land of Snows, se sugieren cuatro periodos de desarrollo desde 1951. Durante el primero, entre 1951-1959, el Partido Comunista Chino intentó trabajar en alianza con la clase dirigente tibetana bajo el Acuerdo de los Diecisiete Puntos, que se resumía en «un país, dos sistemas» con un gobierno autónomo del Dalai Lama. Después de la huida del Dalai Lama y del aplastamiento de la rebelión de 1959, el segundo periodo, entre 1960-1978, asistió a la extensión de las reformas comunistas en la meseta y a la redistribución de tierras de monasterios y aristócratas, aceleradas por las colectivizaciones y movilizaciones de masas de la Revolución Cultural. A partir de 1980, con Hu Yaobang vino una época de liberalización y «tibetanización» muy amplia, acompañada por una política de puertas abiertas al comercio y a las políticas de emigración, que acaba con un cerrojazo en 1989. Mirando hacia atrás, ¿como describiría la situación en el Tíbet en la década de 1980, con Hu Yaobang?

Las reformas de la década de 1980 fueron bien recibidas por los tibetanos, que las vieron como una transición importante y que todavía consideran a Hu como uno de los mejores dirigentes chinos. Señalaron el comienzo de un periodo en el que el pueblo pensó que traerían una cierta autonomía cultural y económica, para ellos como individuos y para la región del Tíbet en general. Se vieron como una oportunidad para revitalizar las tradiciones culturales, que se manifestó en primer lugar en la vuelta a las vestimentas tradicionales tibetanas en vez de los monos azules. Desde el punto de vista económico, la región también surgía de un periodo de auténtico deterioro que se extendía desde 1960 hasta 1980 y que había sido peor aún que los años anteriores a 1959. La recesión se debía en parte a la mala administración de la producción, drásticamente alterada por la imposición de comunas y cooperativas que resultaron un desastre para la economía local. Las reformas de Hu las hicieron desaparecer, recuperando los sistemas tradicionales. Los niveles de vida volvieron a lo que habían sido antes de 1960, un cambio que lógicamente fue bienvenido entre una población de la meseta mayoritariamente rural; en aquel momento, el 95 por 100 de la población dependía de la agricultura o la ganadería.



Entonces, ¿cómo se explican las protestas de finales de la década de 1980?

El detonante inmediato fue la creciente tensión entre los monasterios y el Partido Comunista. El gobierno esperaba que las reformas produjeran un aumento del consumo, pero, en muchos casos, la gente simplemente dedicaba el dinero extra a la reconstrucción de los monasterios. Hubo un aumento del número de monjes, y en algunas zonas rurales había más gente en los monasterios que en las escuelas locales. El gobierno estaba preocu-

pado por ese crecimiento y por la financiación de los monasterios; recibían muchas donaciones de las que no tenían que dar cuenta a nadie. A mediados de la década de 1980, un sector izquierdista dentro del PCCh señalaba estas circunstancias como ejemplo del mal camino por el que iba la política liberal de Hu. El gobierno reaccionó restringiendo el número de monjes y aumentando su control sobre las finanzas. Esto avivó la oposición, y fueron los monasterios y los elementos conservadores los que encabezaron las protestas de finales de la década.

En aquel momento, la gente se volvía con fuerza hacia la religión, algo que se les había negado durante la Revolución Cultural, pero que entonces se hizo posible. Hubo un poderoso impulso para luchar por una mayor tolerancia de las prácticas religiosas; pero las protestas también respondían a los cambios que producían las reformas en la sociedad tibetana. En aquel entonces había un gran debate sobre las direcciones que podía tomar en el Tíbet en el futuro; los tradicionalistas consideraban que, para poder conservar el país, debíamos volver a caminos ya consagrados; los jóvenes, la gente con estudios, pensaban que sólo sobreviviría precisamente si abandonábamos esas tradiciones y buscábamos una modernización de la cultura tibetana, creando nuevas identidades, una literatura y un arte nuevos. Desde esta perspectiva, el budismo tibetano y sus tradiciones habían obstaculizado la creación de una identidad tibetana que hubiera resistido mejor la conquista y la dominación; y para superar la actual situación se necesitaba una identidad nueva y fuerte. La crítica del pasado, un autoexamen principalmente propuesto por los jóvenes, la elite educada y los escritores, se veía por parte de los conservadores como un ataque encubierto de los chinos contra el budismo. Los dos grupos no estaban divididos por la edad; había muchos jóvenes que compartían los puntos de vista conservadores. En general, aquellos que se habían educado en las comunidades monásticas o con el sistema tradicional eran mucho más conservadores que los que habían ido a las escuelas y universidades. Estos últimos no se sumaron en absoluto a las protestas. Incluso ahora, mucha gente con estudios tiende a considerar las protestas de la década de 1980 como innecesarias; las reformas estaban llevando al país por el buen camino y las manifestaciones hicieron mucho daño al alterar ese curso.

¿Hasta qué punto las protestas de finales de la década de 1980 fueron estimuladas desde el exterior por los discursos del Dalai Lama en el Congreso de Estados Unidos y en el Parlamento Europeo?

Para los tibetanos, éstos fueron años de apertura, los que se encontraban en el Tíbet podían viajar a India y peregrinar para ver al Dalai Lama. Establecieron nuevos lazos con la diáspora tibetana y la dirección política, y se hicieron conscientes de las políticas existentes sobre la cuestión tibetana. Al mismo tiempo, los discursos del Dalai Lama en el Parlamento Europeo y en el Congreso de Estados Unidos les dieron la sensación de que la comunidad internacional prestaba un apoyo a la cuestión tibetana mu-

cho mayor del que existía en realidad. Los países occidentales podían hacer declaraciones sobre algunos temas sociales, pero su deseo de agradar a China, que en aquel momento salía de su aislamiento, significaba que para Pekín el Tíbet nunca iba a ser un gran obstáculo.

¿Cómo describiría la política china después del establecimiento de la ley marcial en 1989-1990?

Entre los dirigentes chinos había inquietud sobre la dirección de las reformas; algunos pensaban que la política de Hu Yaobang era demasiado radical y estaba socavando la posición de China en el Tíbet. Cuando a finales de la década de 1980 empezaron las manifestaciones de los monjes, la línea dura las consideró una prueba de que las políticas liberales habían conducido a enaltecer el nacionalismo tibetano, alentando las exigencias de independencia. El periodo desde la imposición de la ley marcial hasta la actualidad ha producido un cambio espectacular en cómo se enfrenta Pekín a la cuestión del Tíbet. No había que establecer nuevos compromisos; la región tenía que volver a un control administrativo más estricto y su infraestructura tenía que integrarse más con el resto del país. La meseta había estado aislada de China por las malas carreteras y comunicaciones, y los dirigentes de la RPCh pensaban que el tratamiento por separado de la cuestión tibetana había acentuado, durante la década de 1980, sus diferencias con el resto del país. Por ello, las primeras medidas adoptadas con Hu Jintao, secretario del Partido para la Región Autónoma del Tíbet desde 1988 hasta 1992, se dirigieron a la integración económica; se establecieron lazos con la construcción de carreteras, se abrió el ferrocarril Qinghai-Tíbet y se mejoraron las telecomunicaciones. Desde 1990 se han invertido miles de millones de dólares en el desarrollo de la región.

Esto justifica de algún modo al gobierno chino cuando dice que la Región Autónoma sólo puede sobrevivir gracias a los subsidios gubernamentales. El gobierno regional no recauda lo suficiente ni para pagar a sus propios empleados; su capacidad de recaudar impuestos es actualmente muy pequeña. Todas las grandes iniciativas en infraestructuras, ferrocarriles, carreteras, sistemas de energía, han estado dependiendo de inyecciones de fondos del gobierno central. Esta dependencia crónica del centro es uno de los principales problemas del Tíbet; la región no tiene influencia económica con la que poder negociar con Pekín y tiene que seguir sus directivas. El dinero del gobierno central es el que está pagando esencialmente el desarrollo de la región.

¿Se ha dado algún paso hacia un desarrollo autosostenido, por ejemplo en la industria, o hacia el aumento de la producción agrícola?

Ésta es una de las contradicciones con las que se encuentra el gobierno chino en el Tíbet. Las estadísticas de la inversión del gobierno en la región

muestran que el grueso del presupuesto se destina a infraestructuras y menos del 5 por 100 al desarrollo agrícola. Sin embargo, incluso hoy, el 85 por 100 de la población depende de la agricultura y la ganadería. Esta distribución de las inversiones se debe a la decisión de Pekín de dar prioridad a la industrialización frente a la agricultura, pero también a que las autoridades consideran que el Tíbet tiene un potencial económico que no puede desarrollarse mientras no cuente con las infraestructuras adecuadas. Por ejemplo, existen ingentes cantidades de minerales que son inútiles mientras no haya medios para explotarlos. Puedes encontrar cobre, oro, plata y muchos más, pero sin desarrollar más los ferrocarriles sería demasiado caro transportarlos y no serían competitivos en el mercado mundial. El plan del gobierno chino a largo plazo es desarrollar la industria minera, y en los dos últimos años han invitado a compañías internacionales para que operen en el Tíbet. La idea es que, con infraestructuras y sistemas energéticos, la extracción de recursos hará rentable la región. Las necesidades cotidianas de granjeros y ganaderos no se reflejan en estos planes.

¿Cuántos trabajadores tibetanos están empleados en las obras de infraestructuras?

Por ejemplo, en la construcción de comunicaciones por ferrocarril, la mayor parte de la mano de obra son migrantes chinos de las regiones más pobres como Gansu y Shaanxi, donde muchos granjeros se han quedado sin trabajo. El gobierno chino les anima a que vayan al Tíbet como medio de aliviar la presión que supone el desempleo en esas zonas. Para mucha gente ir a trabajar al Tíbet es una oportunidad de ganarse la vida; las regiones de donde vienen son, de hecho, mucho más pobres. En general, los granjeros tibetanos se encuentran mucho mejor que la mayoría de las comunidades rurales de China; la población es más pequeña, por debajo de los seis millones, y las parcelas son mucho más grandes. En el Tíbet nadie pasa hambre, la gente puede producir lo suficiente para su propia supervivencia, aunque puedan no tener excedentes que vender en el mercado. Para los granjeros tibetanos, el problema es otro; lo que producen, principalmente cebada y carne de ovino, no tiene demasiado valor de mercado. Se produce una gran cantidad de cebada, pero para las compañías cerveceras chinas resulta más barato comprarla en el mercado internacional, en Canadá o Estados Unidos, que a los granjeros tibetanos.

¿Cuántos migrantes hay actualmente en la Región Autónoma del Tíbet?

Es un tema difícil, el gobierno chino no tiene estadísticas que reflejen el número de migrantes que trabajan en el Tíbet. La razón está en que el censo chino se establece según el lugar oficial de residencia, no sobre el lugar donde te encuentras cuando se realiza el censo. La mayor parte de los migrantes no tienen permisos de residencia y se les incluirá como residentes en cualquier otro lugar de China; forman, pues, una población flo-

tante. El gobierno también dice que muchos de ellos son trabajadores de temporada, van allí a trabajar en verano y por ello no pueden considerarse residentes permanentes. En cualquier caso, el censo se realiza cada diez años, los últimos datos pertenecen al año 2000, y en estos ocho años muchas cosas han cambiado en Lhasa. Los cambios en el conjunto de China son tan rápidos y espectaculares, la movilidad de la población es tal, que las cifras que tenemos son bastante poco reales. Lo que es completamente cierto, incluso para el visitante ocasional, es que, en términos de población, Lhasa se parece actualmente más a una ciudad *han* que a una ciudad tibetana. Los migrantes chinos tienden a ser numerosos en las zonas urbanas y se solían concentrar principalmente en Lhasa, pero ahora han empezado a penetrar en las zonas rurales abriendo restaurantes o dedicándose al pequeño comercio por la meseta.

¿Cuál es el desarrollo de la Región Autónoma en comparación con otras zonas tibetanas como Qinghai y Sichuan, por ejemplo?

La población tibetana de Qinghai y Sichuan disfruta de una mejor posición económica porque está mucho más integrada con el resto de China y tiene más medios de suplementar sus ingresos. La Región Autónoma también tiene el problema de que la frontera comercial del país es muy pequeña, la ruta del sur hacia India y el Sudeste asiático. Históricamente por allí pasaba el comercio del Tíbet, ya que era más fácil para sus productos encontrar mercado en el sur de Asia que en China. El puerto más cercano es Calcuta, que está a dos días de viaje, pero si buscas salida a través de China, tardas entre ocho y trece días. Por ejemplo, la lana que se produce en la meseta no resulta rentable de exportar porque no puede viajar por la ruta del sur, la frontera está cerrada. Las relaciones comerciales entre China e India están actualmente basadas en las rutas marítimas más que en las terrestres. Ello se debe a que, a pesar de alguna mejora en las relaciones, la disputa fronteriza entre los dos países todavía no se ha cerrado. Por una parte, es una cuestión de seguridad, pero, por otra, ni China ni India tienen muy claro qué es lo que pasaría si se abriera el comercio fronterizo, si sería el mercado hindú el que se abriera paso en el Tíbet o a la inversa.

¿Cómo describirías la atmósfera política y cultural del Tíbet en la última década?

La política del gobierno parecía ser que, mientras no hablaras de independencia o derechos humanos, todo lo demás era posible. Surgieron muchos periódicos y revistas, y el gobierno autorizó que aparecieran un montón ONG locales, que han tenido mucho éxito en sus campañas contra la pobreza. Las comunidades de la diáspora tibetana en América del Norte y Europa se vieron autorizadas a crear ONG en sus ciudades de nacimiento, financiando la construcción de viviendas. El número de tibetanos que han salido a estudiar al exterior, a Occidente, Europa y América, aumen-

tó durante la década de 1990. Se produjo una apertura al mundo exterior; en ese sentido, fue una época de esperanzas.

Culturalmente ha habido dos tendencias separadas. Por un lado, se ha producido un resurgimiento de la cultura tradicional tibetana, de su arte y artesanía. Por otro, está apareciendo una nueva corriente de pintura figurativa moderna. Un grupo de estos artistas ha establecido una asociación, venden cuadros y contribuyen a las exposiciones internacionales. No hay nada inmediatamente tibetano en su trabajo; de hecho los elementos conservadores consideran que rechazan al Tíbet e imitan a Occidente, no lo consideran arte tibetano. Pero esto es algo nuevo y vital en el Tíbet, producto de una generación joven cuya mirada es muy diferente a la de los elementos conservadores de nuestra sociedad. Algo similar ocurre con la literatura; la generación joven que escribe en tibetano no utiliza las formas tradicionales, sino que tiene un estilo libre, escribe novelas sobre temas nuevos y diferentes. También aquí los conservadores no los consideran auténticamente tibetanos, a no ser que imiten una tradición ya existente. Pero para mí el surgimiento desde la década de 1980 de la literatura moderna tibetana –novelas, relatos cortos, poesía– es una historia muy excitante, que expresa mucho mejor lo que está sucediendo en el Tíbet, los deseos de la gente común y las posibles direcciones por las que se encamina la región, que diversas formas de movimientos y protestas políticas. También hay un cierto número de escritores tibetanos que escriben en chino, y desde 1985 han alcanzado una presencia real en el país. El más conocido es Alai, cuya *Red Poppies* apareció en inglés en 2002; también está Tashi Dawa, considerado el García Márquez de China por su introducción de algo parecido a un realismo mágico. Los que escriben en la lengua tibetana evidentemente no alcanzan tanta notoriedad. Es una situación parecida a la que se encuentran los escritores hindúes: si escribes en inglés, tienes acceso al mercado mundial, pero si tu obra está en hindi, poca gente llegará a conocerte.

Para los tradicionalistas lo que es importante es cultivar el pasado; consideran que la continuación de las formas tradicionales del arte es vital para mantener la identidad tibetana. Por todo el Tíbet esas formas han vuelto a aparecer en la pintura y en la artesanía, y siguen siendo muy populares. También lo son en China, a pesar del reciente fervor patriótico y la hostilidad hacia los tibetanos. Desde 1980 aproximadamente, el interés por la cultura y las tradiciones tibetanas ha aumentado en China. El Tíbet se sigue viendo como otra cosa, conservando características únicas que China ya ha perdido. Su compromiso con las formas tradicionales de vestir, sus pinturas y sus modos de vida se consideran admirables. Muchos escritores y artistas chinos han viajado allí para encontrar inspiración, buscando ejemplo de cómo vivir en armonía con la naturaleza. De hecho, la imagen romántica del Tíbet está mucho más extendida en China que en Occidente.

También ha habido un florecimiento de la historiografía moderna tibetana, que incluye estudios sobre tradiciones orales de la vida rural, así como

recopilaciones de proverbios y canciones populares. Ha habido un montón de obras biográficas y algunas memorias muy interesantes escritas por mujeres tibetanas, que, por supuesto, quedan fuera de las consideraciones de los conservadores; en las escuelas tibetanas de Dharamsala, los libros de texto de historia se detienen en el siglo x. De hecho, yo me vi atacado por dedicar *The Dragon in the Land of Snows* a mi mujer en vez de al Dalai Lama. Actualmente estoy trabajando en un proyecto histórico sobre bandolerismo. En la historia tibetana hay un elemento del salvaje Oeste, los viajeros que cruzaban la meseta eran atacados y robados por bandidos. Hay muchas fuentes orales y relatos, y estoy investigando quiénes eran esas gentes, tratándolos no como caracteres negativos, sino más en línea de Eric Hobsbawm, considerando el bandolerismo como una forma de protesta social. La gente a menudo se convertía en bandidos para huir de la sociedad tradicional tibetana, de las leyes feudales. Según la narrativa oficial, eran mala gente, pero prácticamente todos ellos estaban realmente resistiendo a dirigentes locales y gobernadores. Cuando identificas quiénes eran y lo que les sucedía, a menudo encuentras que eran grupos marginales de la sociedad tibetana.

¿Sigue siendo el tibetano la lengua oficial de la Región Autónoma?

De acuerdo con la constitución, la lengua oficial de la Región Autónoma en la educación y la administración debe ser el tibetano, pero eso no se ha llevado a la práctica. La razón es que la dirección del PCCh en el Tíbet, los secretarios del partido y los altos cargos son todos chinos y no hablan el tibetano. La educación en las áreas rurales se realiza en la lengua nativa, pero en las zonas urbanas, y especialmente en Lhasa, hay una creciente utilización del chino en las escuelas; en las universidades, los cursos sobre literatura e historia tibetanas se imparten en tibetano, pero el resto de las materias se imparte en chino. Esto no es necesariamente una cuestión de política gubernamental; muchos padres prefieren que sus hijos reciban una educación en chino simplemente porque a largo plazo tendrán mejores oportunidades de trabajo. Además, la mayoría de los tibetanos que llegan a la educación superior –actualmente hay cerca de 3.000 nuevos graduados al año–, tienden a ir a universidades chinas. También existen las llamadas «escuelas del interior», internados para niños tibetanos diseminados por toda China, algunos de ellos en lugares tan alejados como Liaoning y Fujian. La razón evidente por la que no están en el Tíbet es que el gobierno no encuentra suficientes profesores allí, ni puede convencer a profesores cualificados de otros lugares para que vayan a la Región Autónoma; también es una manera de que las provincias costeras más desarrolladas cumplan sus obligaciones de ayudar a las regiones más pobres, costando la construcción de estas escuelas en su propia área. Esto es parte de un intento de fomentar un sentido de «unidad nacional» y de lealtad hacia China. Desde luego, algunos tibetanos y residentes en el exterior las consideran una táctica siniestra, comparable con la manera en que británicos, canadienses y australianos trataron de cristianizar a los

nativos enviándolos a internados. La enseñanza en las «escuelas del interior» se realiza prácticamente en chino y la calidad de la educación es muy buena. Pero los estudiantes tibetanos tienden a salir de ellas mucho más nacionalistas. En los blogs y las páginas web, a menudo son los que lideran las quejas contra el gobierno chino por privarles de su identidad cultural y su lenguaje.

¿Cómo ha cambiado el propio lenguaje desde la década de 1950?

Ha surgido una nueva lengua estandarizada mucho más próxima al lenguaje coloquial, unida a un sistema de escritura más simplificado, con la idea de que debería ser más fácil comunicarse con todos los que saben leer. Pero en el lenguaje diario también ha habido un uso creciente de palabras procedentes del chino. Un estudiante de doctorado de Oxford estaba investigando los «cambios de código» en el Tíbet, la utilización alternativa del tibetano y del chino dependiendo del contexto, y encontró que, de media, entre el 30 y el 40 por 100 del vocabulario de los tibetanos de Lhasa procede del chino. En general, ahora que pocos tibetanos estudian la lengua a un nivel superior, el tibetano convencional ha descendido, pero sería un error considerar que está desapareciendo. De hecho, desde 1985 las publicaciones en tibetano han aumentado. Hay dos periódicos, el *Lhasa Evening News* y el *Tibet Daily*, y han aparecido numerosas publicaciones y revistas tanto en la Región Autónoma como en otras áreas tibetanas. En parte se debe a que cada provincia debe tener sus propias publicaciones, y, según la Constitución china, dentro del derecho de asociación, en las áreas tibetanas también debe haber publicaciones tibetanas. No solamente en la Región Autónoma sino también en Qinghai y Yunnan hay publicaciones en tibetano. Hasta 1995 tenían muchos lectores; *Tibet Literature* solía imprimir 10.000 ejemplares y, al estar subvencionado, se distribuía libremente en escuelas, universidades y al público en general. Pero los subsidios estatales se han ido reduciendo gradualmente, y ahora se exige que estas publicaciones se autofinancien. *Tibet Literature* tiene una tirada de unos 3.000 ejemplares y la gente tiene que pagar por ellos.

Lo mismo se aplica a los libros. El fin de los subsidios ha supuesto que su precio haya aumentado enormemente, haciendo difícil que las publicaciones en tibetano no tengan pérdidas. En la década de 1990, hubo un auténtico renacimiento de publicaciones en tibetano, derivado en parte de la reimpresión de casi todas las obras escritas desde el siglo VII. Esa ola inicial parece haber acabado, y la falta de fondos significa que los escritores deben buscar patrocinadores o financiar sus propias publicaciones. Por ejemplo, un novelista que escriba en tibetano deberá pagar al editor unos 10.000 yuanes (1.400 dólares) para ver su libro impreso; a continuación, recibirá la mitad de los 3.000 ejemplares y tendrá que venderlos él mismo. He visto otros casos donde un joven de pueblo se convierte en poeta y el pueblo paga los gastos de imprimir sus poemas; a veces es un empresario local el que financia la edición.

¿Qué sucede con la radio y la televisión?

Hay una animada programación en tibetano, pero la gente tiende a preferir los programas chinos, simplemente porque la producción en tibetano se realiza a pequeña escala y parece estar mucho más controlada y censurada que la riqueza de los nuevos canales chinos accesibles. Esto sucede también con las publicaciones; ninguna de las publicaciones en tibetano es independiente, todas están producidas bajo los auspicios de diferentes organismos del gobierno. Ahora que cada vez hay más gente en el Tíbet que habla chino, tienen más alternativas de lectura y se dirigen a una gran variedad de revistas chinas. Hasta cierto punto, esta elección de lenguaje que ha realizado la población es responsable del declive de las publicaciones en tibetano.

¿Cuál ha sido la evolución de los monasterios desde finales de la década de 1980?

Se impusieron nuevas restricciones sobre el número de monjes y cualquiera que quisiera serlo tenía que conseguir la autorización de las autoridades correspondientes. Según la ley, para convertirte en monje o unirse a un monasterio tienes que tener por lo menos dieciocho años. Pero nadie hace caso de estas restricciones. Cualquiera que vaya actualmente al Tíbet verá cientos de chicos en los monasterios. El gobierno se encontró atrapado en un dilema: si imponía su política por la fuerza y sacaba de los monasterios a estos niños, se hubiera encontrado con una oleada de protestas entre las manos. Así que, en la medida en que los monasterios no se metieran en política, el gobierno estaba deseando cerrar los ojos frente a la situación. Pero las relaciones entre los monasterios y las autoridades chinas se deterioraron a partir de 1995, cuando los dirigentes chinos insistieron en elegir al décimo Panchen Lama, desoyendo los deseos y convenciones de los budistas tibetanos. Esto ha tenido consecuencias a largo plazo.

En cuanto al número de monjes, es un asunto complicado. El gobierno sólo ofrece estadísticas de los que tienen permiso para estar en los monasterios. Oficialmente, la cifra es de 120.000 en todas las áreas tibetanas, incluidos 46.000 en la Región Autónoma. Pero la cifra real, incluidos los que carecen de permiso, es mucho mayor. Yo calculo que debe llegar a 180.000. El hecho de que las cifras sean tan altas de alguna manera refleja los cambios económicos que se han producido. Los monasterios no reciben dinero del gobierno; dependen totalmente de limosnas que reciben de la comunidad local y de los peregrinos. Con las reformas económicas de la década de 1980, la gente mejoró su situación económica y los monasterios recibían más dinero. Los éxitos de la economía contribuyeron a reavivarlos.

¿Hay alguna diferencia social entre los niños que van al monasterio para su educación y los que van a las escuelas públicas?

Pocas familias urbanas envían a sus hijos a los monasterios, cuyos alumnos mayoritariamente proceden de zonas rurales, y esto se debe a dos razones. La primera es que la familia rural tiende a ser mucho más numerosa, de modo que a menudo los padres mandarían a uno o a dos de sus hijos al monasterio y seguirían teniendo varios en casa, mientras que las familias urbanas tienden a tener uno o dos hijos. La segunda razón es que la gente de las zonas rurales es, en general, más conservadora en su visión y manifestación de la cultura tradicional tibetana.

El hecho de que la educación en los monasterios fuera gratuita también fue un factor importante en la década de 1980, cuando la oferta educativa del Estado estaba en decadencia como parte de la orientación hacia el mercado. Se suponía que, en cada área de China, la gente tenía que valerse por sí misma. Los presupuestos de las escuelas pasaban de los gobiernos provinciales a los municipales, que no tenían suficiente dinero para hacerse cargo de la educación primaria y secundaria; por eso, aunque se suponía que la educación era libre, se imponían todo tipo de tasas para recaudar fondos, por los libros de texto, por los uniformes, etc. En el Tíbet, muchos agricultores y ganaderos no podían afrontar el gasto de mandar a los niños a la escuela. La producción agrícola se había privatizado y muchas familias mantenían a los niños en casa porque los necesitaban para trabajar en el campo y aumentar la producción, algo que resultaba más urgente que educarlos. La asistencia a la escuela ha sido obligatoria durante la Revolución Cultural y el primer periodo «izquierdista», y el resultado fue un aumento de la alfabetización. Después de 1980 hubo una caída visible de la alfabetización.

En estas circunstancias, los monasterios actuaban como una alternativa educativa. No solamente porque no cobraran honorarios, como había empezado a hacer la escuela pública, sino también porque los padres sentían que la tradición monástica se había derrumbado durante las convulsiones de la Revolución Cultural y que podían contribuir a su resurgimiento enviando a sus hijos o hijas a un monasterio o a un convento. Se veía no sólo como un medio de acceder a la educación, sino también de contribuir a la regeneración de la cultura tibetana.

¿Qué sucede con la asistencia sanitaria? ¿También ofrecen los monasterios una alternativa?

Desde el regreso al mercado, en el Tíbet, como en el resto de China, la asistencia sanitaria no es gratuita. En muchos casos se ha convertido en tremendamente cara; parientes míos en Lhasa decían hace poco que obtener tratamiento les costaría entre 15.000 y 20.000 dólares, diez años de salario de una familia normal. La zona de Lhasa tiene hospitales bastante buenos y bien equipados, pero su coste impide que la mayor parte de la gente pueda acceder a ellos. Los monasterios suelen tener un médico formado en medicina china, que puede atender a un paciente a cambio del

cobro en especie, una cesta de huevos o una pierna de cordero. Estas prácticas han sido muy populares, de nuevo porque no hay honorarios.

A juzgar por los informes occidentales, parece que hasta hace poco ha habido menos protestas sociales en la Región Autónoma que en muchas otras partes de la China rural en la década pasada.

Eso es verdad hasta cierto punto. Pero hay que recordar que el Tíbet no es como el resto de China, de la misma manera que Irlanda del Norte no es como el resto de Gran Bretaña. Las manifestaciones que se produjeron finales de la década de 1980 dejaron un nivel de control y vigilancia policial mucho mayor que en otras zonas de China.

¿Cómo ves las protestas que se desencadenaron el 10 de mayo de este año, el 49 aniversario de la rebelión de 1959, en relación con las que se produjeron en la década de 1980?

La primera característica de las protestas de 2008 es su extensión geográfica; parecieron tener lugar simultáneamente en todas las zonas donde viven tibetanos. Creo que la razón de ello está en la utilización del teléfono móvil y de los mensajes de texto para extender las noticias y movilizar a la gente. En China es un medio de comunicación mucho más popular que Internet o los mensajes de correo electrónico. Hay que señalar que en el oeste del Tíbet, donde no hay una red de telefonía operativa, hubo pocas protestas, mientras que en las áreas del este y en las regiones limítrofes de Sichuan y Qinghai, donde sí está desarrollada, se produjeron muchas. Estas manifestaciones surgieron en el plazo de pocos días, después de que las protestas iniciales de los monasterios el 10 de marzo fueran reprimidas por la policía.

En segundo lugar, hay una gran diferencia en la composición social: las manifestaciones de la década de 1980 estaban principalmente dirigidas por los monjes, pero esta vez las protestas involucraban a grupos de todos los sectores de la sociedad tibetana. Había escolares, estudiantes, intelectuales, trabajadores de las ciudades, granjeros y nómadas, así como estudiantes universitarios en Pekín y otras ciudades. El nivel de implicación de diferentes sectores de la sociedad tibetana no tenía precedentes.

¿Cuánta gente se movilizó en estas protestas?

Es muy difícil contestar a eso. El gobierno chino dijo que se había detenido a 6.000 personas, lo que demuestra que las manifestaciones fueron muy numerosas e implicaron a mucha gente. Pero, a pesar de la represión, también se han mantenido a un nivel alto durante varios meses; a mediados de mayo, mientras tiene lugar esta entrevista, todavía se siguen produciendo

do. Desde el principio se utilizaron contra los manifestantes los gases lacrimógenos y las cargas a bastonazos. Los monasterios quedaron rodeados por la policía antidisturbios. El 15 de marzo se enviaban las fuerzas armadas a Lhasa y al día siguiente los detenidos desfilaron por las calles de la ciudad en vehículos militares. Pero las protestas continuaron a pesar de los arrestos masivos; hubo sentadas de estudiantes en muchas escuelas y universidades, y manifestaciones a las puertas de las oficinas gubernamentales de Gansu, Qinghai y Sichuan. Desde el 19 de marzo se publicaba diariamente una lista de «buscados». Las webs chinas publicaron fotografías de tibetanos «buscados», y China Mobile mandó un mensaje de texto a todos sus usuarios en el Tíbet pidiendo que se denunciara a los que participaban en las protestas. En un informe de la agencia Xinhua del 23 de marzo, desde la Prefectura Autónoma del Tíbet en Gannan, en la provincia de Gansu, se decía que había «serias protestas» ante los edificios de la Administración en unas 105 comarcas o centros de trabajo de ciudades, en 113 centros de trabajo en pueblos y en 22 delegaciones en aldeas. Las protestas incluían Maqu, Xiahe, Zhuoni, Hezou y otras comarcas y ciudades. Los mejores reportajes de todo ello aparecieron en el blog de Woesser; están traducidos al inglés en la página web de *China Digital Times*.

¿La cuestión decisiva fue el nacionalismo tibetano, o algunas protestas se centraban en temas económicos o sociales?

La gente habló de muchos temas, pero, si miras las consignas y las pancartas de los manifestantes, no había una demanda explícita de independencia; creo que el tema principal era conseguir que China permitiera el regreso del Dalai Lama y la reivindicación de los derechos humanos. Es cierto que en Lhasa las manifestaciones iban no sólo contra el gobierno y el Partido, sino también contra los ciudadanos chinos que se habían establecido en el Tíbet. Se quemaron tiendas chinas y se golpeó a personas de ese origen. Pero esto sólo llegó a suceder en Lhasa. En otras regiones, los manifestantes se abalanzaron sobre las oficinas del gobierno y sobre las sedes del Partido Comunista, arriando la bandera china e izando la tibetana y saqueando los edificios oficiales, pero hubo muy pocos ataques contra la población de origen chino. La razón por la que en Lhasa se convirtieron en el blanco de la ira de los manifestantes está en la deslumbrante diferencia entre el éxito de los migrantes chinos y el estatus de la población indígena; los chinos son los propietarios de hoteles, tiendas, restaurantes, y por ello resultan mucho más visibles. En las zonas rurales, por el contrario, la disparidad económica entre chinos y tibetanos es mínima, así que había pocos resentimientos basados en agravios económicos. Evidentemente hay tensiones entre los tibetanos y los que vienen de fuera; en el este del Tíbet, por ejemplo, los granjeros y agricultores complementan sus ingresos en verano recogiendo setas, plantas medicinales y *yartsa-gunbu*, hongos de oruga muy apreciados por la medicina tradicional china. Ahora también muchos migrantes de origen *han* recorren las colinas para recoger esos productos, y aunque el gobierno ha tratado de restringir esa actividad exigiendo im-

puestos, los beneficios son suficientemente altos como para que continúen recolectando. La población local se opone a lo que consideran una forma indiscriminada de los extranjeros de recoger setas y hongos, asegurando que están produciendo daños a largo plazo a los pastos. Esta competencia por los recursos se ha intensificado en los últimos años.

Pero personalmente creo que las manifestaciones no se debían a disparidades económicas o a las desventajas a las que se enfrentan los tibetanos. Por el contrario, se trataba de protestas defensivas, relativas a cuestiones de identidad nacional. Pekín interpretó las protestas de la década de 1980 como derivadas no de las diferencias religiosas, sino como la expresión de una identidad tibetana separada. Con Hu Jintao como secretario del Partido para la Región Autónoma, la política se enfocaba contra cualquier manifestación política de identidad nacional; incluso las demandas de derechos para la lengua tibetana se consideraba que llevaban el sello del nacionalismo y del separatismo. Se cuestionaba cualquier lealtad tibetana hacia China; todo el mundo se volvió sospechoso. La campaña contra el separatismo también fue una excusa para tomar medidas contra las voces disidentes; dentro del Partido Comunista, cualquiera que se opusiera a las directrices del gobierno se veía a menudo acusado de ser un separatista. Pero el tiro salió por la culata. El gobierno chino se volvió incapaz de distinguir entre aquellos que se oponían activamente a su política y el resto de la población; con ello, crearon un abismo entre el gobierno y el conjunto de la población tibetana. El resultado fue unir a los tibetanos, mucho más que si el objetivo de la represión se hubiera limitado a la comunidad monástica. Realmente, las protestas recientes han expresado un sentimiento nacionalista mucho más unificado que el que se produjo en la década de 1980. El volumen de la emigración *ban* también ha sido un factor significativo. A lo largo de la historia, los tibetanos de la meseta siempre han vivido en comunidades homogéneas, pero esto ha dejado de ser así. Sienten con mucha más intensidad que antes que esta tierra ha dejado de ser territorio exclusivamente tibetano.

El 24 de marzo también supuso el comienzo del recorrido de la antorcha olímpica desde Atenas, donde hubo una protesta simbólica; a continuación vinieron las manifestaciones a favor del Tíbet a lo largo de su ruta, en Londres el 6 de abril, en París el 7 y en San Francisco el día 9. Después se produjeron las manifestaciones en la República Popular China contra los supermercados de Carrefour y la cadena de televisión CNN. Desde Berlín en 1936, los Juegos han sido sinónimo de la búsqueda de beneficios y de espectáculo político. ¿Qué papel ha desempeñado esta olimpomanía en las movilizaciones chinas y tibetanas de este año?

Los Juegos Olímpicos de Pekín han sido un elemento importante en las protestas de este año. El hecho de que la atención internacional se centra en China es fundamental para entender por qué las protestas no se han producido antes. Tanto los tibetanos residentes en la RPCh como los gru-

pos políticos en el exilio comprendieron la importancia de las Olimpiadas para el gobierno chino, y vieron la oportunidad para hacer una declaración, para que sus voces se escucharan. De una manera simbólica, China también politizó los Juegos, considerándolos en parte una manera de manifestar al mundo su propiedad sobre la meseta tibetana; de ahí viene el plan de llevar la antorcha hasta el Everest y la adopción del antílope tibetano como una de las mascotas de los juegos. En ese sentido, tanto los manifestantes tibetanos como el gobierno chino vieron que era un momento de enaltecer al Tíbet, aunque fuera por diferentes razones.

Sin embargo, cuando China empezó a pujar por acoger los Juegos, creo que ingenuamente no se dio cuenta de que se iba a convertir en el centro de las protestas. Pero, desde el principio de su celebración, los Juegos siempre han sido una fuente de tensiones internacionales. En cada uno de ellos siempre ha habido algún grado de confrontación, los israelíes y los palestinos en Munich en 1972, los boicots de Montreal, Moscú y Los Ángeles en 1976, 1980 y 1984. Todos ellos han supuesto una apuesta política para el país organizador.

¿Cómo describiría el espectro político del movimiento a favor del Tíbet fuera de China y su relación con las políticas gubernamentales occidentales?

Los participantes en las protestas en Occidente son un grupo muy variado, no necesariamente budistas o grupos protibetanos. Tienden a venir de clases medias tradicionales, de grupos liberales o de centroizquierda; en las décadas de 1970 y 1980 han podido ser solidarios con el ANC, CND, Greenpeace, etc. Las organizaciones de derechos humanos también han cambiado sus objetivos: en las décadas de 1970 y 1980 se centraban más en lo que sucedía en el Este de Europa y la Unión Soviética, y China no aparecía demasiado en sus informes. Ahora, para compensar, dirigen su atención más hacia China. Pero hay que diferenciar las políticas gubernamentales occidentales del sentimiento popular. La mayor parte de los gobiernos occidentales están esencialmente a favor de China. Esto está relacionado con cuestiones económicas; Pekín y Occidente están de acuerdo en general sobre cuestiones como las economías de los países en vías de desarrollo, la privatización y la globalización del comercio. Para estos gobiernos, el objetivo fundamental es integrar a China en el orden económico mundial; para ellos, temas como los derechos humanos en el Tíbet quedan en un plano muy secundario.

Por la misma regla de tres, las afirmaciones hechas en Internet en Estados Unidos y China de que las manifestaciones estaban orquestadas por ONG occidentales, financiadas por la estadounidense National Endowment for Democracy (NED), están fuera de lugar. En China hay ONG occidentales, por ejemplo la fundación Trace, que apoya proyectos educativos y sanitarios en el Tíbet, pero evidentemente el PCCh las mantiene estrechamente controladas. Trace es conocida por haberse distanciado de cualquier acti-

vidad o grupo antigubernamental, lo que constituye una de las razones por las que puede actuar en la RPCh desde hace décadas. De hecho, grupos protibetanos la acusan de prestar un apoyo excesivo a China.

Los grupos tibetanos exiliados en India sí obtienen fondos de la NED, pero eso no se traduce en una capacidad de movilización dentro de la RPCh. Hay una gran grieta social y cultural entre los tibetanos de India y los que permanecen en la Región Autónoma, que se manifiesta incluso en sus preferencias musicales. En el Tíbet, los tibetanos disfrutaban del pop chino, mientras que los grupos en India prefieren Bollywood. Cuando Ache Dadon, la estrella pop tibetana del momento, abandonó Lhasa por India, se quedó destrozada al comprobar que en India no había lugar para su música. Era una desconocida total y los exiliados la acusaban de cantar canciones al estilo chino. Incluso cuando las dos comunidades se encuentran en Occidente, hay poca interacción entre ellas. Los exiliados de India algunas veces se ven a sí mismos como los «auténticos» representantes de los tibetanos, y a los tibetanos que permanecen en su país como víctimas pasivas, una actitud paternalista que no se recibe con agrado en el Tíbet. La mayor organización tibetana en India es el Congreso de Jóvenes Tibetanos, la mayoría de los cuales han nacido en India. Han adoptado la larga y valerosa tradición hindú de protesta, y realizan grandes manifestaciones en las calles de Delhi, París y Nueva York. Pero no tienen ninguna manera de convertir sus palabras en acciones dentro del Tíbet.

Un factor externo que ha tenido un efecto significativo sobre los tibetanos fue obra de las propias autoridades chinas. Su insistencia en imponer su propia elección del décimo Panchen Lama produjo la cohesión antagónica de todos los monasterios, incluso de aquellos que hasta entonces habían apoyado al gobierno. El Partido Comunista emprendió una campaña de educación patriótica pretendiendo que los monjes y los lamas rechazaran al Dalai Lama. El resultado fue llevar al exilio a muchos de los lamas más antiguos, incluidos Karmapa y Argya Rinpoche del monasterio de Kumbum (Ta'er), que en el pasado habían actuado a menudo como voces moderadas y mediadores con el Partido. Las manifestaciones proindependentistas de la década de 1980 no se extendieron demasiado fuera de Lhasa, porque la actitud de los lamas era ambivalente y utilizaron su influencia para tranquilizar a sus seguidores. En 2008, en prácticamente todas las zonas donde se produjeron las protestas, los lamas antiguos habían abandonado el Tíbet. Hay un constante flujo de devotos entre Qinghai y Sichuan y los nuevos monasterios que han establecido estos lamas en India; pero la mayor parte de sus fondos procede de seguidores chinos del budismo tibetano de Hong Kong, Taiwán, Malaysia y Singapur. Si las autoridades chinas quieren señalar una conspiración, tendría que ser una conspiración del Kuomintang, no una conspiración occidental.

Pero la principal influencia exterior sobre los tibetanos es la emisora en tibetano de La Voz de América, desde 1991, y Radio Asia Libre, que emite desde 1996. De nuevo no es una cuestión de organización clandestina; es-

tos servicios simplemente proporcionan una fuente de noticias e ideas en una sociedad donde la gente carece de alternativas. No hay medios independientes y la gente automáticamente recela de lo que escucha o lee en los medios gubernamentales, tiende a buscar la información en La Voz de América y Radio Asia Libre. Las dos emisoras informan de los viajes del Dalai Lama al exterior y de las actividades de los exiliados en India, dando a los tibetanos una cobertura internacional politizada; las emisoras son muy populares en el Tíbet, lo que ayuda a crear cierto clima de opinión allí. El gobierno chino trata de interceptar la señal, pero la gente se las arregla para seguir oyéndolas.

¿Cuál es el estado actual de la represión en la Región Autónoma?

De momento la situación es muy mala. La gran cantidad de gente que participó en las manifestaciones y su distribución entre todas las clases sociales, impide al gobierno señalar a ningún grupo en particular, como los propios monasterios; parece que tiene que señalar a todo el mundo. Las autoridades están tratando de ejercer el control en todos los ámbitos de la comunidad, de unas maneras que a muchos les recuerda la Revolución Cultural. No solamente son los detenidos los que se encuentran sometidos a castigos, sino que el gobierno está celebrando reuniones en las escuelas de primaria y secundaria, en colegios y oficinas gubernamentales, donde todo el mundo tiene que escribir una autocrítica; lo mismo les pasa a los estudiantes universitarios en China. El conjunto de la población tibetana está soportando el choque de esta campaña.

¿Cómo describiría la reciente oleada de sentimientos nacionalistas chinos en respuesta a las protestas del Tíbet? ¿Se podría decir que significan una línea divisoria en la mentalidad de la RPCb?

Eso es una cuestión muy interesante. El nacionalismo chino que se ha mostrado recientemente en Internet es un fenómeno esencialmente de la clase media. Se expresa con fuerza en aquellos que son los principales beneficiarios del éxito económico chino, y que son más conscientes del estatus global del país. También están más expuestos a lo que sucede en el exterior. Para ellos, las reformas van en la dirección correcta; temen cualquier cosa que entorpezca el avance económico del país. Pero hay una gran división entre las zonas costeras y las del interior de China. No se encuentra nacionalismo de esta clase en las provincias más pobres, en Gansu, Qinghai, donde la gente no se ha beneficiado de las políticas actuales. Por otro lado, el terrible terremoto de Wenchuan del 12 de mayo destrozó la confianza en el Estado que mucha gente había estado expresando semanas antes. Surgieron cuestiones tan simples como por qué se derrumbaron las escuelas y los colegios, pero no lo hicieron los hoteles de lujo y las sedes de las empresas. Hay mucho que discutir, y sobre China se están haciendo nuevas preguntas.

Hay un debate entre los intelectuales chinos sobre si el estallido del fervor patriótico que acompañó a las protestas en el Tíbet fue creado por el gobierno o surgió espontáneamente de la sociedad. Hay argumentos sólidos del lado de quienes mantienen que fue organizado y manipulado por el gobierno, ya que el Estado estuvo evidentemente implicado. Por ejemplo, todas las opiniones contrarias en los foros de Internet se suprimían automáticamente, y los que se comunicaban por los *chats*, se los encontraron cerrados. Otros sostienen que este nacionalismo surgió no de la República china sino de los estudiantes chinos en el exterior, y desde allí llegó a China. Ciertamente, muchos de los que están estudiando en Europa o América del Norte son muy conscientes de los cambios recientes en China y se han beneficiado claramente de las reformas. Consideran que las críticas que se hacen no son acertadas y que el Tíbet se ha utilizado de alguna manera como un palo con el que golpear a China. Preguntan por qué las protestas en el Tíbet han llamado tanto la atención en los medios internacionales, cuando diariamente suceden protestas similares en el resto del país sin que nadie les preste atención. Hay algo de verdad en todo esto, pero, aun así, la escala geográfica de las protestas tibetanas no ha tenido precedentes.

También debería decir que hay una intensa diversidad dentro de China, que no es un país tan homogéneo como pudiera parecer. Cerca de trescientos intelectuales firmaron una petición puesta en marcha por Wang Lixiong, criticando la respuesta del gobierno al malestar del Tíbet y haciendo un llamamiento al diálogo¹. Hubo artículos similares que aparecieron en algunas publicaciones. Un grupo de abogados chinos anunció que se haría cargo de la defensa de los detenidos; esta gente está arriesgando su forma de vida, el gobierno está tratando de retirarles sus licencias. Desde luego, esto no es lo que los medios de comunicación resaltan. Muchas de estas voces disidentes no se escucharon en medio del fervor patriótico.

¿Se han producido ataques a los tibetanos en Pekín o en otros lugares?

Las autoridades chinas han tomado grandes precauciones para que esto no suceda, porque temen que tuviera repercusiones todavía mayores. Hay unos 5.000 tibetanos en Pekín, y, según mis propios parientes, no se han producido esos ataques.

¿Cómo se van a desarrollar las relaciones entre el Tíbet y China en los próximos meses y a largo plazo?

En un futuro inmediato, las autoridades chinas se encuentran con dos problemas. El primero se refiere a los Juegos Olímpicos y a la opinión in-

¹ Se publicó una versión en inglés, «Twelve Suggestions for Dealing with the Tibetan Situation, by Some Chinese Intellectuals», en *The New York Review of Books*, 15 de mayo de 2008.

ternacional e interna. Pekín no puede mostrarse debilitado en su propio país por las críticas internacionales, verse obligado a realizar compromisos por culpa de las protestas de los tibetanos. El gobierno necesita presentar una imagen de unidad y fuerza, tanto interior como exteriormente. El segundo problema se refiere al presidente Hu Jintao y a sus seguidores. Hu se convirtió en una figura relevante como secretario del Partido para el Tíbet, y se le atribuye el fin de la agitación de la década de 1980 y el éxito de la integración del Tíbet y de toda la región occidental con el resto de China. El Tíbet está íntimamente relacionado con la dirección de Hu y, por ello, con los dirigentes del PCCh. Un cierto número de altos cargos han llegado a sus puestos después de su trabajo en el Tíbet. Prácticamente todas las figuras del Partido en la actualidad fueron subordinados de Hu durante su estancia allí: Wang Qishan, el actual alcalde de Pekín, fue su secretario, y Hu Chunhua, el último dirigente de la Liga de Jóvenes Comunistas, un puesto importante que han desempeñado prácticamente todos los presidentes de China, y actual gobernador de la provincia de Hebei, también fue secretario de Hu en el Tíbet. Ahora se critican los éxitos de esta gente y se pone en cuestión la capacidad de liderazgo del propio Hu Jintao. Dentro del Partido se están produciendo discusiones sobre si Hu se salvará destituyendo a algunos de los que le rodean o si su entorno completo se encuentra en peligro. Mientras tanto, el primer ministro, Wen Jiabao, ha tenido un cierto número de intervenciones en las que aparentemente realiza una aproximación al Dalai Lama. Pero ahora todo gira en torno a los Juegos Olímpicos. Hasta entonces, el gobierno está paralizado. Si toma alguna medida antes de los Juegos, no traerá otra cosa que dudas e incertidumbre, y creo que esperarán a que acaben antes de hacer ningún cambio importante.

A largo plazo, hay que entender que, en la actualidad, una de las legitimaciones más fuertes del Partido Comunista es haber unificado el país territorialmente y haberlo hecho fuerte. Eso cuenta mucho entre la población. Por ello, el Partido no puede hacer ninguna concesión sobre la soberanía, ya que cualquier compromiso debilitaría su legitimación. Por esta razón, no creo que el Partido vaya a hacer ningún cambio político significativo después de las Olimpiadas.

Si los tibetanos se pudieran expresar libremente, ¿cuáles serían sus demandas fundamentales?

Una de las mayores quejas es que las autoridades chinas equiparan cualquier expresión de identidad tibetana con el separatismo. El gobierno parece pensar que si permite algún tipo de autonomía cultural, se transformará en pretensiones de secesión. Éste es un tema sobre el que el gobierno se debería relajar. En el Tíbet, todo, desde los periódicos y las revistas hasta la distribución de música, se mantiene bajo un estrecho control, mientras que en otras partes de China hay cada vez más editoriales independientes. La cuestión en el Tíbet es que el Dalai Lama quiere «un país,

dos sistemas», pero lo que quiere la gente es «un país, un sistema»; que las políticas liberales que predominan en China se apliquen en el Tíbet.

Epílogo sobre Tsering Shakya

*Tsering Shakya nació en Lhasa en 1959. Su padre, director de un colegio privado tibetano, murió mientras era todavía un niño. La familia se vio dividida por el comienzo de la Revolución Cultural, un hermano mayor y una hermana eran izquierdistas comprometidos, mientras que otro hermano acabó encarcelado por su oposición a ella. En 1967 su madre se trasladó a Nepal con Shakya, el hijo menor, y su otra hermana. Shakya asistió a una escuela tibetana en la ciudad hindú de Mussoorie durante varios años; en 1973 obtuvo una beca para estudiar en Hampshire para después continuar sus estudios en la School of Oriental and African Studies en Londres. Entre 1983 y 1990 trabajó en campañas antirracistas con ayuntamientos de izquierdas de Londres. Durante la década de 1990 Shakya realizó su notable historia del Tíbet desde 1947, *The Dragon and the Land of Snows*, publicada en 1999. También tradujo la autobiografía del monje budista Palden Gyatso *Fire under the Snow*, (1997) y es coeditor de la primera antología de relatos cortos y poemas modernos tibetanos *Song of the Snow Lion*, (2000). Actualmente da clases en la University of British Columbia en Vancouver y está trabajando en un estudio sobre literatura moderna tibetana.*

En 2002, NLR publicó una polémica entre Shakya y el escritor chino disidente Wang Lixiong, una discusión que rompió tabúes en ambos lados. En «Reflexiones sobre el Tíbet» (NLR 14), Wang hacía hincapié en la participación tibetana en la Revolución Cultural y buscaba explorar la paradojas del mandato de la RPCCh sobre la región. La respuesta de Shakya, «Blood on the Snows» (NLR 15), resaltaba, por el contrario, la constante resistencia tibetana frente a Pekín y la naturaleza colonial de la dominación china de la meseta.